

50 años de creación poética y aparición de "Los colores ocultos"

Hace unos días, el gran poeta de "Mi padre el inmigrante" y "Los Espacios Cálidos" viajó al encuentro con Canoabo, su pueblo y el centro vivo de su poesía.
Viaje en dos tiempos, el real y el memorioso, cuyo instante único fue el absoluto.



foto Sebastián Garrido

Camino a Gerbasi

LUIS ALBERTO CRESPO

"El agua tiembla con el cielo"

(El día empujaba inútilmente los nubarrones pero la lluvia que desde la medianoche caía sobre el pueblo no dejaba pasar la luz. El muchacho y su asno negro vadeaban los charcos de la calle que caía al valle, a la vastedad. El padre, sobre su caballo, presidía la marcha. Detrás, la esposa y las hijas apuraban sus mulas para no alejarse del hombre, arrebujado en su cobija y calado hasta los huesos con el agua del cielo en el sombrero oscuro y peludo. Entre ellos, dos campesinos hacían de horcones para soportar el breve paso de un niño que curvaba la hamaca. El menor de los Gerbasi cuidaba la herida de una operación menos con la quietud que con el miedo a volver a sufrir. Llovía aún cuando la familia era una forma gris moviéndose entre el cacao y el café, tapada por el follaje del ocumo y las hojas de los camburés. El muchacho fronó de pronto a "Parapara" y volvió su rostro hacia donde Canoabo intentaba asomar sus paredes y el capuchón de la iglesia, pero el único flanco que había logrado liberar de la espesura neblinosa y del cortinaje del agua era el costillar blanco del cementerio.)

Apenas uno que otro autobús escolar interrumpe el silencio de Cumbres de Curumo. Cuando el sol estalla entre los edificios, Vicente Gerbasi abre la puerta de su casa con el vuelo de las lechuzas de su jardín y sale a recibirnos. Son las siete, la hora convenida para irnos a Canoabo y el día, el 19, el de la fiesta de San José. Los canoaberos habían elegido la fecha porque San José es el Patrono del pueblo y porque nadie quedaría sin ir a la Iglesia donde sería homenajeado un grupo de coterráneos ilustres y en especial su poeta, el poeta de sus grandes hojas sudorosas y su comarca de relámpagos. La ciudad se despeja ya por entre las cumbres del Ávila y Gerbasi y nosotros nos entregamos al suplicio del tráfico. Sabíamos que el horror del humo y el quejido de los motores sólo nos abandonaría cuando enfiláramos hacia los valles de Aragua y el paisaje achicharrado por el verano atice la imaginación de nuestro amigo para invocar la exuberancia de Canoabo y los días lluviosos que se prolongan hasta los últimos instantes del año.

(... Y entonces se hundieron en la selva de Urama. Los monjes tílites lanzaban porquerías, frutas y ramas a los viajeros. Las guacamayas, los pájaros y el tigre apagaban el paso de las bestias por el hojlerío y el fangal. A las tres llegaron a Urama. Más tarde, dos automóviles los conducirían a Puerto Cabello donde esperaba el barco que los llevaría a Italia. Para el muchacho la llegada a Urama era el adiós a su burro y a su infancia, pero la aventura que iba a emprender aventó lejos el recuerdo de las sardinas y las anguilas del río Capa, el turpial que fulminara con un guijarro, los juegos en la plaza y las chapas del Tirano Aguirre en el filo de los adobes. Del otro lado del océano se erguía Viconatti, un pueblo de la Provincia de Palermo, cerca de La Calabria. Allí habían nacido sus padres, allí terminaría la travesía y el comienzo de la otra, la esencial, la interior. Sus hermanas ingresarían a estudiar a un convento y él iría a Florencia, al encuentro con Dante, Leopardi, Carducci, los latinos y la revelación de la escritura poética.)

El sol nos desfigura. Pero Gerbasi, en el asiento delantero, protege su perfil de la incandescencia y mira, sin pestañear, la canícula, mientras busca, más con la memoria que con los ojos, la entrada a Bejuma donde nos detendremos unos minutos para pedir información en el Concejo Municipal sobre los actos de Canoabo. La radio de la lunchería de al lado quebranta la quietud de la plaza con los alaridos de Cindy López. Cuando abandonamos Bejuma las montañas que llevan a Nirgua parecen desdeñar el fuego solar, la candela de la luz y sus jibas fulguraron como recién mojadas por los chubascos. Un camino tuerce a la derecha y la punta de un barranco apenas deja leer el nombre de Canoabo. El tiempo real del fuego y de la resaca se cambia en el tiempo memorioso en que Gerbasi se adentra ahora con su voz invocando las lluvias y los relámpagos, los manantiales y los ventarrones que lo llevaban desde Canoabo a Puerto Cabello y Montalbán en su caballo blanco, un rucio mosquiao de los Galaviz. Y con ese tiempo interior en nuestra imaginación bordeamos los cafetales y las siembras de naranjas, las granjas de potros y cambures, hasta alcanzar la subida boscosa, la umbría de ocumos, bucares y helechos en cuyas abras se desplegaba el valle prodigioso. Canoabo permanecía aún oculto abajo, a la vuelta de la serranía.

(El muchacho que regresó al pueblo, seis años más tarde, traía en la mirada el cielo de Florencia y en el espíritu el idioma de los poetas y escritores del Mediterráneo. Sus 16 años le brillaban en los ojos y sus maneras de hombre en ciernes le hacían alzar el rostro al hablar con los mayores o al buscar con el deseo el amor de las muchachas. El padre, estaba allí en la esquina de la calle Caramacate, en la puerta de su tienda, mostrando sus bigotes kaiserianos y su sonrisa entre el humo de su pipa. Y cerca la madre, silenciosa, con las manos en el bordado o en el pan, "como si mirara un bosque lejano". El regreso del viajero se tornó bien pronto en la rutina de los días y las preguntas por el país distante en ruidos diálogos rurales. Unos días después el muchacho ensillaba su caballo para encaminarse a Montalbán a ver a su novia y regresar al pueblo con la queja de la quinquina o para ir hasta Puerto Cabello por la selva de serpientes de malaquitas a visitar las casas de comercio que trataban con el padre el trueque del café y el cacao por enseres domésticos y mercancías, o para arrebatar cintas en las fiestas y colear toros en las mangas de guasdas. Una tarde la impaciencia del rucio lo derribó y le dejó crispado un dedo de la mano para siempre.

Su cuarto tenía una ventana que asomaba a la calle real. De noche su habitación escuchaba las ratas amarse y chillar en el cielo raso; otras veces observaba a los murciélagos colgados de la caña amarga. Cuando la lluvia arreciaba, los sapos del patio venían a buscar un poco de caracol bajo su cama. La medianoche pasaba frente a la ventana con un galope desenfundado y el muchacho sabía que era el alma del Tirano Aguirre rumbo a las sombras.

"La luz vuelve con fascinaciones"

A la vuelta de los declives de tierra roja, al costado de la vastedad verde que fulgura allá abajo, descubrimos a Canoabo. El mediodía no anda lejos porque el viento se ha detenido y la reverberación de las calles nos miente con su fondo de charcos y torrentes que luego nos devuelve aquella imagen de lo yermo ardiendo en nuestros ojos. El pueblo se prepara para la fiesta, alza pancartas y reúne a los lugareños en las esquinas y en la plaza. Casi por instinto, Vicente Gerbasi nos conduce a la calle Caramacate, en busca de la casa de su infancia, su ventana rota y las puertas selladas de la tienda, su esquina y el largo solar que prolonga sus tejas y sus piedras hasta la pulpería de más allá. La sed nos hace detenernos justamente allí, en la breve pulpería que mira con su única puerta a unas plantaciones de naranjas. "Por ese camino me iba a bañar al río", dice Vicente Gerbasi mientras ocupábamos la única luz que entraba a la bodega.

En la penumbra dos campesinos interrumpen su diálogo de cervezas y apenas responden a nuestro saludo para dirigirse a nuestro amigo. Son los Bracamonte, Francisco y David, que han visto la foto de Gerbasi en el periódico. El dueño de la pulpería también ha reconocido al visitante. Ha leído "Mi padre el inmigrante". Su madre montó uno de los poemas en un cuadro. Vicente Gerbasi trata de abrirse paso entre las frases amables y los saludos para rescatar su cerveza que tirita sobre el mostrador. Los hermanos Bracamonte insisten en invitarlo a su casa. "Sería un honor muy grande para nosotros". Vicente accede y cruzamos la calle. Detrás del portón la casa de los labriegos reunía todas las imágenes de la poesía de Vicente Gerbasi: la cabra, el caballo, los camburales y las plantaciones de café y cacao flanqueando los pilares blancos del pequeño corredor. Una ardimilla volaba inmóvil en su jaula y los perros seguían nuestras sombras. Unos pasos más allá, el río Capa transcurría entre helechos y grandes hojas mojadas.

(El muchacho tuvo que emigrar de nuevo. Esta vez su "éxodo" concluyó en Valencia, adonde su madre había llevado a los hijos para que continuaran sus estudios. De esos días valencianos son su primer poema y sus primeras colaboraciones en "El Globo". El poeta que nació dispersaba las cenizas del narrador infantil de Canoabo que quiso una vez escribir una novela remediando las fabulaciones de Saigari: el héroe logró atravesar el canal de Panamá y llegó hasta las Islas Galápagos pero nunca más se supo de él ni de su embarcación. El bisoño novelista lo había abandonado por el fulgor de la creación poética y la amistad de Otto De Sola, por su elocuencia y su imaginación fantástica.

El mediodía se avvicina. Vicente Gerbasi cruza el pueblo

en busca del frescor del whisky y una voz, desde el fondo de una casa agobiada de herrumbre, trastos, potes y un olor a murciélago y jamugas lo llama y ambos regresan entre frases perdidas a los días de la infancia. José Miret se yergue en medio de los sacos de café y su boca de chimó sonrió al gran sediento que rechaza con dulzura un vaso de cerveza negra. Canoabo en el diálogo que entretienen los dos amigos es un patio para secar café, una riña por el amor de una muchacha y la lucha por encontrar huevos azules en la montaña. José Miret se pierde unos instantes en el embrollo en que existe y de allá trae un cuadro sepultado por el polvo. Con la mano libre de la nada el rostro de su padre, le despeja la frente, le limpia el lujoso traje de antaño. De aquel limbo de telarañas y encierro en que deja a su compañero de infancia Vicente Gerbasi gira en el centro del resplandor que envuelve la calle y los muros en un torbellino de canícula. La sombra de un bar lo acoge. Miguel Matías Pérez y Paul Roble lo han reconocido y se acercan con un grupo de estudiantes al rincón que Gerbasi ha elegido para guarecerse del verano. Todo el pueblo lo ha visto venir, señor Vicente. Es algo muy bonito que usted esté aquí usted hizo a Canoabo este pueblo es usted y Paul Roble se acerca a somar su vaso de cerveza por una rendija se sabe de memoria "Mi padre el inmigrante" porque prepara un trabajo sobre el poema para la escuela de Educación y el vaso de Vicente vuelve y vuelve a llenarse y son las doce y en la plaza los campesinos esperan el pueblo todo comienza a entrar a la Iglesia. Vicente Gerbasi atraviesa aquella gran luz llena de ruidos y de rostros y ve a Rafael Ríos, un labriego, y se encuentra con la infancia y ve a aquel otro, cruzado de arrugas, que muestra su cabeza de galero y el bulto del revólver bajo la blusa...

(Los venados aparecían detrás del cacao y unas taras con alas de abanico sorprendían al muchacho que frenaba su caballo bajo la llovizna y ya la quinquina jemía y alzaba su plumaje azul-rojo-lila, entre los grandes helechos y los pilares del bambú que hacían aparecer y desaparecer en el crepúsculo lleno de hojas y agua la figura del jinete recién llegado de prometerle amor eterno a aquella muchacha de Montalbán y se baja frente a la tienda de paredes escritas con frases de la Biblia y olorosa a café y cacao, a tela nueva donde el viejo Juan Bautista Gerbasi reposaba su cabeza sobre los bultos de la mercancía, plácido como aquel día en que el "Mochó" Hernández le ordenara tomar al pueblo sin derramar sangre ni disparar un solo tiro. Austero como la vez que apareció por primera vez en Canoabo, desde las seranías de Chirgua, entre "Guarapo" y "Cigarrita", con un fusil, un machete y un morral, vencido y deslumbrado por la tierra maravillosa que abría sus casas para ampararlo.)

"Te amo infancia, te amo..."

En la iglesia los señores del gobierno regional recitan los nombres de los canoaberos ilustres convocados frente al altar mayor para celebrar sus excelencias y su amor al villorio. El Dr. Francisco Melé, el Profesor Francisco Acuña Barreto, el señor José Rafael Hernández y el presbítero José Fernández. La historia de Canoabo regresa una y otra vez en sus voces. Vicente Gerbasi se acerca a ellos con unos papeles en la mano y mira lejos hacia los tejados y las arboledas del pueblo y comienza a hablar del despertar de los sentidos, de la poesía como ejercicio trascendental del alma, en voz baja, como si lo dijera en el oído de cada uno de los campesinos y de la gente de Canoabo, que todo lo que ha escrito como poeta se lo debe al paisaje, a la fauna, a la flora y la luminosidad maravillosa de Canoabo y abre entonces sus libros y dice: Te amo infancia, te amo/ porque aún me guardas un césped con cabras, tardes con cielos de cometas/ y racimos de frutas en los pesados ramajes... Y dice: Los huesos de mi padre se perdieron/ en el osario común/ de Canoabo. Valle de grandes hojas lluviosas... Y dice también: Vengo de las grandes hojas de ocumo/ cubiertas de mariposas/ con colores de ojos. Y su palabra aventada por los altoparientes cubre los techos y los espíritus de Canoabo, los de ese día y los de siempre y Vicente Gerbasi se hace viejo vuelve a nacer mira los espantos y los dioses de su comarca y está en su casa de Candillito en la Caracas del 43 llena de alacranes y se va lejos y su corazón es el viento de los beduinos en Jerusalem y asiste a un alearre de Brujas en el aeropuerto de Copenhague y regresa y anda de nuevo por el mundo sin tiempo sin espacio y ya no es ni cuerpo ni hombre sino un poeta y un caserío...el ser y lo absoluto.

GERBASI La inocencia como vía del conocimiento

ALBERTO PATIÑO

E

l follaje, el sonido de la nocturnidad, el pequeño relámpago del cocuyo, su herida blanca intermitente en la noche, la nostalgia de una piragua sinuosa que viene, abre sus ojos donde las hojas posibilitan la mirada del bosque, cuando regresa desde su raíz hacia los astros, brillan la piel de las palabras en el desplazamiento de una inmensa metáfora, imagen y símil, subyacentes, presentes y estallantes en ese recorrido sólo posible a este pequeño Dios para eternizar el paisaje de su infancia, de su pueblo natal.

El poeta dispone la magia de las palabras, nombra sus colores ocultos. El espacio del poema cálido como presencia de la vida, pequeños gestos dimensionados que activan y proponen una visión local, nuestra memoria, gratificante pertenencia, el perfil de tantas mariposas y pájaros. Los colores evidentes del paisaje, de la inmediata realidad.

Los huesos de mi padre se perdieron
en el osario común
de Canoabo. Valle de grandes hojas lluviosas
de insectos que vuelan como abanicos
y montañas que le dan vuelta al día
y a la noche de los astros.

Los huesos de mi padre
se perdieron en el osario del Universo
entre las piedras preciosas de Dios
vistas desde la selva mágica
hasta la aurora
que revienta todos los colores
y el vuelo de las aves
abriendo sus ojos
en el sueño del paraíso.
Los huesos de mi padre suenan
con su color marfil
y se van pareciendo a mis propios huesos
hechos de silencio eterno.

La lluvia sonora en la vida común a los arrieros, a los hombres y mujeres cuando recogen el café, el cacao. Este es el arte, la manera, el diálogo de un viajero desde Canoabo a Petra con sus muertes. Desde lo cósmico, sideral, bíblico, profético a la mínima luz de una luciérnaga en su pequeña aldea.

Petra, cinceladas fueron tus montañas
de piedra multicolor,
y de tus montañas surgieron columnas,
escalnatas, viviendas, bancos, templos,
panaderías.

En tí los siglos reverberan en el sol ardiente.
En tí la noche suena con aullidos de chacales.
En tí los aerolitos caen
como serpentinatas en un cementerio
Tu Palacio de Justicia es una tumba.
Tu Ministerio de Finanzas es una tumba.
Cada una de tus casas
perforadas en los colores es una tumba.
Petra, eres un cráneo de piedra
abierto al azul caliente

Petra, eres semajante a la tumba de la muerte
Tus aposentos, tus cocinas, tus columnas,
tus estatuas
siguen muriéndose
en tu imantada intemperie
(Viajero, si vas a Petra,
cuidate de la muerte.)
En Petra está muerto el tiempo.

La palabra en su candor nativo, simple y sencilla, brutalmente primitiva, ingenua, sin ningún contexto que la fuerce a enojarse o vestirse de distinto plumaje u ofrece fuerza semántica fuera de su primigenia esencia vuelve cotidiano lo metafísico. Lo complejo, profundo, insondable, se nos viene demasiado presente y conocido. El instante y la eternidad acto único en las palabras del poeta.

En este nuevo libro de Vicente Gerbasi, su lenguaje y temática se sostienen dentro del mismo tono y tratamiento de sus obras anteriores. Sin embargo notamos una variante que se inicia "Retumba como un sótano del cielo", y en "Los Colores Ocultos" se muestra con mayor vigor. Nos referimos específicamente al montaje o diseño del poema en cuanto a su estructura o cuerpo que propende a simplificarse, reducirse, limitar su desarrollo. El poder de síntesis y contención comunican a los poemas un comportamiento menos explicativo donde la narración y descripción se opan para mostrarnos la línea de una luz apenas.

Vinieron los ángeles
y me dijeron al oído:
—Mira el relámpago
en la nube oscura
El mundo estaba abajo
con mis ojos abortos en un plato
de ramajes umbríos y de frutas,
y vi caer del cielo aquella lumbre
sobre el pan de la mesa.

El poema se cierra, corta su expansión y produce en su fuerza visual y significativa posibilidades más abiertas y libres donde se convierte en un acto más enigmático y rico. Un plano, una raya, una hendidura de mayor altura y vuelo poéticos.

Vicente Gerbasi, la pureza y perfección de una aguja gótica en una tradición centrada en el paisaje, legítima ahora a sus 72 años, abuelo, nuevos dominios expresivos. Como un niño juega al nieta con la sabiduría, madurez y plenitud propios a los altísimos maestros de nuestra lengua.